

LAS LLAMADAS QUE NUNCA LLEGAN

Guerriero, Leila. *La llamada*. Buenos Aires, Anagrama, 2024, 430 pp.



Valentina Sala

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Argentina
perlabarrueca@gmail.com

Periodistas, historiadores, politólogos, escritores y, por supuesto, sobrevivientes continúan repasando la actualidad de los setenta argentinos, los de la militancia radicalizada y también los de “la gente común” (Carassai, 2021). Por delinear una serie de los últimos tiempos: en julio de 2023, la editorial Siglo XXI publica *Discutir Montoneros desde adentro* de Daniela Slipak; en octubre del mismo año, la editorial chilena LOM lanza *Una sola muerte numerosa* de Nora Strejilevich, ex detenida y víctima del terrorismo de Estado en la ESMA; en febrero de 2024, el sello Booket reedita *Putas y guerrilleras* de Miriam Lewin y Olga Wornat, con introducción y prólogo actualizados a los tiempos que corren y, finalmente, en abril de 2024 llega a las librerías argentinas *La llamada* de Leila Guerriero, publicado por Anagrama, la editorial española.

La llamada es un retrato que Guerriero construye en un año y medio, durante un periodo coincidente con la pandemia de COVID-19. El libro no hace más que escenificar el proceso de escritura de lo que, en una primera instancia, iba a ser un artículo periodístico a propósito de la sentencia a los represores Jorge Acosta y Alberto González. La denunciante era Silvia Labayru y se trataba de uno de los primeros juicios por violación, considerado como delito autónomo y no como parte del rubro “torturas y tormentos” (p. 17).

Pero fue algo más que el afán documental de Guerriero lo que cambió el rumbo del trabajo. Si la historia de la violencia política en los setenta es de por sí enrevesada y tiene ya mucha bibliografía a cuestas, la historia personal de Silvia Labayru es demasiado excepcional como para que Guerriero deje pasar la oportunidad de contarla, aún cuando existe mucha literatura

respecto de algunos sobrevivientes a los cuales se calificó de “colaboradores” (Longoni, 2007). Porque ese continúa siendo el estigma que porta Labayru: traidora de su clase y, después, de sus compañeros de militancia. Como muchos montoneros, una paria a la que incluso los organismos de derechos humanos dan la espalda; como pocos, una joven de familia militar y antiperonista que cayó en la ESMA, donde tuvo que aprender dos cosas: que los ideales revolucionarios que la llevaron a hacer tareas de inteligencia para una organización guerrillera eran de una inconsciencia cercana a la “enajenación” (p. 97), a la “locura” o al “delirio” (p.98) y que, con veinte años y una hija nacida en cautiverio, su única chance de sobrevivir era probar su valor como persona recuperada para el régimen, lo que la obligó a realizar para el enemigo —al fin y al cabo, de su misma clase— otras tareas de inteligencia. Léase: acompañar a Alfredo Astiz en la infiltración y relevamiento de información necesaria para la captura y desaparición de cinco activistas de derechos humanos, dos monjas francesas y tres Madres de Plaza de Mayo.

De modo que, para contar debidamente esta historia —nada sencilla—, un testimonio de primera mano resulta insuficiente. Tanto en los agradecimientos como en el libro, Guerriero menciona que la lectura de *Helgoland* de Carlo Rovelli fue decisiva en este sentido:

[...] no hay un relato unívoco de los hechos [...]. Hechos relativos a un observador no son hechos relativos a otro. [...] Decir que dos objetos están correlacionados significa enunciar algo que se refiere a un tercer objeto: la correlación se manifiesta cuando los dos objetos correlacionados interactúan ambos con ese tercer objeto. [...] Que casi siempre para mal, seré yo. (p. 115)

Por eso la autora, que se identifica como ese tercer objeto (arrastrando la teoría cuántica a su territorio) debe entrevistar a amigos, familiares, ex parejas, conocidos de Labayru.

Pero el retrato, aunque esmerado, no busca ser concluyente ni asentar una postura política. Entre la mención a un recurso común a las novelas de Elizabeth Strout (decir: “eso ya lo conté en otro libro”) y la referencia a otro recurso empleado por David Foster Wallace en *El rey pálido*: “lean sólo lo que dice aquí” (p. 34-35), la autora pretende circunscribir la atención del lector a la mirada penetrante y felina de Labayru, a sus comentarios mordaces, a sus insultos castizos, a sus hábitos, a las personas y espacios que la rodean. “Este libro es el retrato de una mujer” (p. 35). Nada más. Quizás también por esto la narración se demora en aspectos de la vida material de Labayru y de otros

ex militantes de izquierda: una manera de romper el hielo y de gestar cierta identificación en un escenario (tan distante ideológicamente a la utopía revolucionaria) como el contexto actual. Con todo esto, Guerriero pretende desviarse del debate histórico, de la ya muy consabida teoría de los dos demonios, pero también de la complacencia del progresismo vernáculo.

El resultado es un espectro que contempla, por un lado, las trayectorias vitales de un grupo de jóvenes porteños, dentro del cual un gran porcentaje no creía en otra alternativa a la política de masas que no fuera la lucha armada, y, por otro lado, la historia familiar de la protagonista, "hija de un militar, nieta de militares, prima de militares" (p. 45). El cruce entre ambos mundos parece inverosímil, pero se explica por el ingreso de la joven en una militancia de izquierda gestada en el Colegio Nacional de Buenos Aires, lo que produce "el cortocircuito, la alteración" (p. 45), el primer paso "en un sistema de elecciones" que se reveló como "un mecanismo de activación de navajas que los lastimaron a todos" (p. 211).

No es casual que la escena inaugural del relato sea un asado en la casa del fotógrafo Dani Yako, ex compañero del "Colegio" y de los pocos aliados que Labayru tuvo en el exilio. De esta primera escena deriva un episodio notable por cómo está contado: Guerriero y Labayru vuelven de ese asado en un taxi. Labayru, que lleva una ensaladera vacía sobre el regazo, se baja primero del vehículo. Quedan Guerriero y el conductor, que pregunta de dónde es la amiga que tiene acento raro. Ante la intromisión inesperada, Guerriero reacciona a la defensiva. Lo mira con recelo a través del espejo retrovisor y le contesta que es argentina, pero que hace tiempo vive afuera, y que en los setenta fue montonera: "me doy cuenta de que dije la palabra *montonera* con altanería, como si quisiera golpear al tipo con un secreto del que soy poseedora" (p. 26). Ese momento narrado en clave humorística y frívola, pero no por ello menos lacerante, condensa el tono en que Guerriero se mete con la biografía de Labayru. A partir de acá Guerriero sopesa la distancia necesaria para aparejar un relato desapegado de las fórmulas llorosas, tomando nota del alto grado de escepticismo con que Labayru se empieza a vincular dentro del entorno militante: "con una especie de broche en la nariz, me metí en la Juventud Peronista y empecé a militar en el barrio de Colegiales" (p. 55). Los registros de esas conversaciones cubren de un manto de sospecha los olvidos sintomáticos y hasta los anacolutos de la protagonista para contar algunas cosas, como sus intervenciones en los atentados de Montoneros, respecto a los que dice haberse encontrado en un estado enajenado: "yo le pedía el coche a mi padre y se lo daba a mi cuñada, Cristina Lennie, la oficial

montonera, hermana de Alberto, para que hicieran operaciones con el coche legal de mi padre. Secuestros, asesi... [Se corta en seco.]” (p. 92).

Pese a todo esto, es notorio el vínculo que ambas mujeres (Guerriero y Labayru) van conformando a medida que se espesa la narración, entre cuarentenas y viajes transoceánicos. Lo que parece ser la esencia de sus charlas, la oscilación entre lo monstruoso y lo trivial (p. 193) se refleja también en los espacios elegidos para las reuniones, que contemplan un abanico afectivo de comodidad y horror igualmente conocidos y asimilados por Labayru: desde departamentos, terrazas y cafés de especialidad en Buenos Aires y Madrid hasta la ESMA propiamente dicha.

Haciendo de sí misma un personaje más (“un día [Silvia Labayru] comenta que «gente muy confiable» amiga de ella le dijo que yo era una periodista que, de ser necesario, hacía quedar a un entrevistado como «un gilipollas»” (p. 70)), Guerriero monta una serie de escenas tras las que van saltando una y otra vez, como salmones contra la corriente, las preguntas que la llevaron a la elección de esta historia para escribir un libro. Podrían esgrimirse algunas en forma explícita: ¿por qué sigue habiendo cuestionamientos acerca de lo que alguien hizo o dejó de hacer para seguir vivo?; ¿cómo entender que alguien con esa familia pudiera hundirse de ese modo, por elección propia?; ¿qué queda de esa juventud maravillosa, más allá de la vergüenza?; y ¿cómo encuentra una víctima y sobreviviente del campo de concentración la fortaleza para resistir las acusaciones que, tanto tiempo después, continúan hostigándola, justamente por haber sobrevivido? Quizás la respuesta para todos esos interrogantes sea el dolor. Frente al mutismo que ese dolor impone, Guerriero narra los derroteros de una generación que creía obrar en representación de intereses comunes al pueblo argentino, categoría fantasmal en la que ya no se cree.

La historia de Labayru es la de una inadecuación que conduce a la tragedia, pero hay algo más. La narración pendula entre todos los hechos que rodean a “la llamada” que hace el “Tigre” Acosta a Jorge Labayru —hito por el que el padre de Labayru propicia, sin saberlo, la salida de su hija del centro clandestino de detención— y los hechos posteriores, relativos al exilio, donde las llamadas no llegan: los intentos de la protagonista por acercarse a quienes compartieron sus experiencias, y la negativa o el silencio de muchas de aquellas personas. Frente a eso, “el bruto metejón” (p. 414) de la autora con la protagonista resulta en el retrato de una mujer *cansada de guerra* que nunca deja que los mensajes terminen en la tonalidad de la tristeza.

Referencias

CARASSAI, S. *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2021.

LONGONI, A. *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Norma, 2007.

